

## ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO DE LOS PAISAJES CASTREÑOS DEL NOROESTE PENINSULAR

### *ELEMENTS FOR THE STUDY OF NORTHWESTERN IBERIAN IRON AGE LANDSCAPES*

CÉSAR PARCERO OUBIÑA (\*)

“Nunca se sabrá cómo hay que contar esto, si en primera persona o en segunda, usando la tercera del plural o inventando continuamente formas que no servirán de nada”.

JULIO CORTÁZAR, *Las babas del diablo*.

#### RESUMEN

Se presenta una visión de la Edad del Hierro del Noroeste ibérico desde una óptica de Arqueología del Paisaje, como base para el estudio futuro de los paisajes castreños. Se recogen planteamientos acerca del paisaje como construcción cultural y se reconsidera la validez del análisis espacial. Se desarrolla una distinción operativa entre tres dimensiones del paisaje: la subsistencial, a través del análisis del uso del suelo; la socio-política, con el tratamiento de la ocupación del espacio; y la simbólica o imaginaria, reflejada en la concepción del espacio. Se aplica este esquema a la Edad del Hierro del Noroeste (Cultura Castreña), mostrando como rasgos más señalados social y culturalmente su carácter campesino y guerrero.

#### ABSTRACT

*We try to offer a view of the Northwestern Iberian Iron Age from a Landscape Archaeology perspective, as a basis*

(\*) Departamento Historia I. Facultad Xeografía e Historia. Universidad de Santiago de Compostela. 15703 Santiago de Compostela.

El artículo fue remitido en su versión final el 18-IV-94.

*for further studies of the landscape of the Castro Culture. In that sense we adopt approaches to the landscape as a cultural construction and reconsider the usefulness of spatial analysis. We develop an operational distinction between three dimensions of the landscape: the subsistence studied through the analysis of the use of the soil; the social-political dimension studied through the occupation of space; and the symbolic dimension reflected in the conception of that space. We apply this scheme to the Northwestern Iberian Iron Age (Castro Culture), demonstrating, as their most important social and cultural features, their peasant and warrior character.*

**Palabras clave:** Arqueología del Paisaje. Edad del Hierro. Galicia. Castros.

**Key words:** Landscape Archaeology. Iron Age. Galicia. Hillforts.

#### 0. INTRODUCCIÓN

Este texto intenta ofrecer una aproximación a los paisajes sociales de la Edad del Hierro en el Noroeste peninsular, planteada como una síntesis de un programa de investigación sobre el

mundo castreño y su paisaje (1). Pretendemos aportar un punto de vista para el desarrollo de trabajos en esta línea, con algunas novedades de carácter teórico y metodológico, y proponer una perspectiva sintética que unifique ámbitos de estudio y fenómenos generalmente dispersos en la investigación.

Debe entenderse, pues, que nuestros *objetivos* no radican tanto en aportar un cúmulo de conocimientos tangibles sobre la cultura castreña como en exponer un nuevo punto de partida para llegar a ellos, desde tres direcciones principales. La primera, de carácter **teórico**, recoge una serie de concepciones generales acerca de las diferentes dimensiones que conforman la espacialidad en el seno de cualquier grupo social, aunque con centro en la castreña. En segundo lugar recogemos una reformulación de los **esquemas metodológicos** del análisis espacial tradicional, entendiendo que el empleo este tipo de técnicas cobra sentido como un método de contrastación empírica de propuestas de trabajo previas. El tercer objetivo se deriva de la conjunción de los precedentes. Considerando imprescindible la elaboración de hipótesis y teniendo en cuenta las diferentes dimensiones de la espacialidad, se propondrán elementos para **elaborar modelos** que permitan abordar el estudio de la espacialidad del mundo castreño.

## 1. PLANTEAMIENTOS

Podemos establecer tres apartados que, aunque no se entienden como compartimentos inconnexos, dotarán de mayor claridad a la exposición, siguiendo lo avanzado en los párrafos anteriores: *planteamientos teóricos*, sobre la espacialidad; *metodológicos*, referidos a los análisis de tipo espacial, e *interpretati os*, acerca de los caracteres que identifican al mundo castreño.

### 1.1. PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS

El espacio no es tan sólo el marco físico en el que tienen lugar las acciones sociales y cultura-

les de un grupo humano; este postulado no es desde luego una novedad. El nacimiento de los estudios espaciales en Arqueología, a partir de los desarrollados por la Geografía (Haggett, 1976), inserta sus raíces en el reconocimiento del papel fundamental del hombre no sólo como ocupante sino como participante del espacio, de lo que surge la idea, amparada por la Nueva Arqueología, de que el espacio es una conjunción del entorno natural y de la acción social del hombre, a través de sus actividades de carácter económico y, en segundo plano, socio-político (Ruiz y Molinos, 1993: 112-3). Esta concepción del espacio estaría basada en la racionalidad burguesa, que persigue un espacio finito, mensurable y real, susceptible de ser capitalizado (Criado, e.p.). Sin embargo en los últimos tiempos se han producido una serie de llamadas de atención relativas a la necesidad de adoptar una perspectiva contextual en todo estudio histórico; se reformula el concepto de espacio, como fruto de prácticas sociales no sólo materiales sino también imaginarias (Criado, 1993: 42) y se llega a concebirlo no sólo como *producto social* sino como *creación cultural*. Cada grupo social no sólo construye un espacio a través de su acción social, sino que, y por encima de todo, lo imagina por medio de su acción cultural (Bermejo, 1992: 40 y ss.); el paisaje sería el resultado de la conceptualización del espacio, *el paisaje es el espacio pensado*.

En virtud de estas nociones, la construcción del paisaje resulta de la interacción de múltiples *dimensiones de la espacialidad*:

- (1) La *dimensión ambiental*, que, a efectos del estudio histórico, se convierte en paleoambiental, lo cual añade un factor de complejidad a su conocimiento como es el cambio temporal.
- (2) La *dimensión económica*, el más inmediato ámbito de manifestación de la espacialidad, especialmente en el caso de sociedades agrícolas complejas como es la castreña. Es el aspecto tradicionalmente más abordado por los arqueólogos porque, en cierto sentido, es quizá el único plenamente abordable desde la Arqueología.
- (3) Los aspectos *socio-políticos* también han sido tratados por la Arqueología, pero su estudio no puede prescindir del concurso de otras aportaciones, especialmente en el caso de un mundo como el castreño para el que disponemos de fuentes extra-arqueológicas.

(1) Este texto es parte del trabajo que venimos desarrollando dentro del Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje. Agradezco la colaboración de todos los compañeros y especialmente la de su director, Felipe Criado. Además he de mostrar mi gratitud al Dr. Marco García Quintela por sus sugerencias, a Anxo Rodríguez Paz por los dibujos y, por un montón de buenas razones, a Emilio Abad y Roberto Aboal.

(4) La *dimensión simbólica* supone el acercamiento a las formas de conceptualizar e imaginar el espacio. Desde el momento en que actúa a partir de racionalidades ya inexistentes, su conocimiento se vuelve tremendamente difícil. El problema radica en remontarse desde las obras derivadas de la acción social hasta las ideas que las hacen posibles y que las dotan de sentido. En este aspecto y para el mundo castreño vuelve a ser importante la existencia de fuentes extra-arqueológicas. El reconocimiento de la existencia de esta dimensión del paisaje supone el paso fundamental que separa la tradicional Arqueología Espacial de los nuevos estudios relativos al espacio como un producto eminentemente cultural: la Arqueología del Paisaje.

## 1.2. PLANTEAMIENTOS METODOLÓGICOS

Trataremos ahora de presentar la forma en que se concibe la **validez del análisis espacial en Arqueología**. El nacimiento de la Arqueología Espacial supuso la adopción de unas técnicas de trabajo tomadas en su inmensa mayoría del ámbito de la Geografía. Por medio de ellas el análisis espacial empezó a ser utilizado de forma masiva a partir del convencimiento de que podría servir para alcanzar datos acerca de aspectos no muy conocidos de una sociedad dada, en otras palabras, como una forma de *extraer información acerca de aquello que se desconocía*. Permitiría, por ejemplo, conocer la base económica de un grupo a través del solo examen de su ubicación en el espacio, en virtud de esquemas de trabajo del siguiente tipo: un poblado se localiza en una zona fundamentalmente agrícola –su base económica era la agricultura.

Las técnicas de análisis espacial se han empleado, pues, como fórmulas de extracción de información, orientadas ante todo hacia los factores económicos como condicionantes de la distribución poblacional. De este planteamiento se derivan hoy no sólo el carácter de la mayor parte de los estudios sino también los grandes problemas que ofrecen unas técnicas (*Site Catchment Analysis*, polígonos de Thyssen, etc.) desarrolladas en función de criterios de trabajo eminentemente funcionalistas y economicistas, revestidas de un gran matiz de presentismo; en su empleo tradicional no pueden ser entendidas sino a partir de ideas como la centralidad de un poblado en el espacio o la existencia universal de espacios propios de cada grupo humano (territorios).

Dos son los problemas: el primero, la propia validez de los estudios espaciales en Arqueología; el segundo, relacionado con unas técnicas de trabajo que se ven condicionadas por aquélla. Sin embargo resulta obvio que, modificando la concepción general sobre el estudio del espacio, resultará también diferente el empleo de las técnicas de trabajo. Esta reformulación es algo todavía reciente. Una de las exposiciones más detalladas es la que hace J. Vicent (1991). Según este planteamiento, el desarrollo de análisis espaciales en Arqueología deja de tener sentido por sí mismo, para integrarse como un proceder metodológico dentro de un esquema de trabajo. El análisis espacial ya no puede entenderse como un sistema de extracción de conocimiento en cualquier circunstancia; no es sino una forma más, entre otras, de proceder a la *contrastación de hipótesis* previamente planteadas: “la ‘Arqueología del Paisaje Agrario’ exige un enfoque arqueológico no convencional, cuyo objetivo no sea la reconstrucción positiva de los hechos, sino la contrastación de hipótesis sobre los aspectos no directamente observables del proceso (...) a partir de los que sí lo son” (Vicent, 1991: 37). De esta reformulación se deriva, además, un nuevo carácter para las técnicas de análisis, que no son más que herramientas de contrastación. Es menos relevante el hecho de que deriven de planteamientos actualistas, pues la información que aportan no es ya pretendidamente aséptica sino condicionada por el tipo de modelos que hayamos planteado *a priori*. No quiere esto decir que desaparezcan las limitaciones; simplemente, al hacerlas evidentes, podemos controlar su efecto.

## 1.3. PLANTEAMIENTOS INTERPRETATIVOS

En este tercer punto expondremos los principios de nuestra concepción del mundo castreño, de modo que se aclaren los desarrollos posteriores. Dos son los principales rasgos: el primero se refiere al carácter campesino de las comunidades castreñas, el segundo a su dimensión guerrera.

### 1.3.1. Un modelo operativo posible de comunidad de la Edad del Hierro

En primer lugar se tratarán los rasgos que caracterizarían, en general, al campesinado y a las sociedades de tipo heroico, basadas en el desarrollo de la guerra. A partir de esta base y

en el siguiente apartado abordaremos un modelo más específico referente al mundo castreño del Noroeste.

El **campesinado** puede definirse, en esencia, como “un grupo social formado por pequeños productores agrarios que, con la ayuda de un equipo simple y del trabajo de sus familias, producen principalmente para su propio consumo y para cumplir con las obligaciones prescritas por quienes detentan el poder económico y político” (Shanin, 1983: 276). El campesinado no se vincula a un único modelo de sociedad, sino que constituye “un fenómeno simbólico, social y tecnoeconómico muy homogéneo desde un punto de vista general, y que, sin embargo, subsiste bajo la imposición de estructuras socio-políticas y de dominación muy diferentes” (Criado, e.p.). Como tal grupo de productores vinculados directamente a sus medios de producción, se define por oposición a otros productores primarios no campesinos, como las sociedades primitivas (Wolf, 1982: 12) o los agricultores pertenecientes a sociedades capitalistas (Shanin, 1976: 27). Podemos aislar cuatro principios claves para caracterizarlo:

- (1) Su carácter de *pequeños productores agrícolas*.
- (2) La *explotación familiar* como base de las actividades productivas y las relaciones sociales.
- (3) La vida en *pequeñas comunidades rurales*.
- (4) La *subordinación* respecto a otros grupos sociales.

La relación con la tierra viene caracterizada por una vinculación directa con ella, como principal medio de producción (Shanin, 1983: 277). Sin embargo lo importante no es tanto su posesión como su apropiación, realizada a través de vínculos políticos y materializada en la inversión de trabajo sobre ella y en su uso como medio de producción (2). Así la relación con la tierra trasciende la esfera de la subsistencia para fundamentarse en relaciones socio-políticas. Estas relaciones, por su parte, se basan en la estructura familiar, lo que convierte al matrimonio en “un postulado absoluto” (Shanin, 1983: 279): el parentesco, las relaciones sociales excluyentes, son los que determinan la existencia de unos recursos propios por oposición a los ajenos —o, más

bien, de unos recursos ajenos por oposición a los propios (3). Es la familia y no el individuo la base de las relaciones sociales.

Sin embargo existen por encima otros niveles de relación: la comunidad (aldea) y, sobre ella, por un lado la relación entre aldeas y por otro la subordinación a las redes de dominación que penetran en el campesinado (Shanin, 1976: 16) y que implican la existencia de formas de jerarquización social. Su base para la Edad del Hierro, usualmente, ha querido asentarse en aspectos relacionados con la supremacía económica, como la centralización de actividades redistributivas, etc. (p.e. Cunliffe, 1988: 31). Sin embargo, como ha hecho notar A. Gilman (1993), el ejercicio de la supremacía sobre la riqueza es, más que la causa última de la desigualdad, la más evidente manifestación del ejercicio de un poder coercitivo, físico y simbólico, que es condición indispensable para aquélla.

Esta clara interferencia entre las esferas subsistencial, socio-política, simbólica, muestra que la división entre ellas no es más que una sencilla herramienta operativa de clarificación. Las construcciones simbólicas de la Edad del Hierro no sólo fundamentan las concepciones ‘religiosas’ sino que penetran en todos los ámbitos de una vida social que se construye a imagen de la vida religiosa (Le Roux y Gouyonvarc’h, 1991: 12, 108) (4). En este punto surgen las mayores dificultades para la reconstrucción moderna, pues las sociedades con las que estamos trabajando se estructuran a partir de nociones organizativas muy diferentes a las que estamos acostumbrados a emplear: “Estado, Sociedad, Nación, son parónimos, incluso sinónimos (...) y precisamente el mayor reproche hecho a los Celtas de la Antigüedad y Edad Media por los modernos historiadores es el no haber conocido una organización social o política que se corresponda con los criterios actuales al uso” (Le Roux y Gouyonvarc’h, 1991: 17).

Esta línea de reflexión ha llevado a diferenciar entre una Edad del Hierro *familiar*, emanada de los estudios tradicionales, y una Edad del Hierro *diferente*, resultante del reconocimiento de unas categorías sociales y simbólicas particulares (Hill y Cumberpatch, 1993). En este sentido debe prestarse atención al papel fundamental que en la sociedad humana y en la divina juega

(2) Idea tomada de un trabajo en desarrollo por J. Vicent García, expuesta en un curso perteneciente al programa de tercer ciclo del departamento de Historia I de la Universidad de Santiago impartido en 1993.

(3) Vid. nota anterior.

(4) Al igual que ocurre en el mundo clásico (p.e. Verant, 1983).

la guerra, tanto por sí misma como por ser soporte elemental del poder político, entendido como soberanía (Le Roux y Gouyonvarc'h, 1991: 39). Las actividades guerreras muestran una importancia no sólo simbólico-religiosa o social; además de ello, extienden su influencia sobre ámbitos tan "prosaicos" y evidentes como la protección de los medios de producción (la tierra) y de los propios poblados, o la adquisición de riqueza a través del pillaje. La guerra, sin embargo, no se puede explicar única o esencialmente por razones económicas (Cunliffe, 1988: 89) ya que no se trata de un belicismo "normal" alterado por las circunstancias, sino que se justifica más por razones sociales y simbólicas que por el inadecuado concepto de *beneficio* (Marco, 1993: 153; García Quintela, 1991: 362).

### 1.3.2. Las comunidades de la Edad del Hierro en el Noroeste ibérico según la Historia Antigua

Los rasgos generales que acabamos de dibujar requieren cierta matización para ser aplicados a un contexto como el Noroeste peninsular durante la Edad del Hierro (*cultura castreña*). Para ello examinaremos brevemente lo que se conoce respecto a la organización social y cultural del mundo castreño.

El parentesco es uno de los aspectos más inaccesibles (García Quintela, 1991: 350-3); no obstante parece claro que son las relaciones familiares, los sistemas de herencia, los que establecen una primera categoría dentro de las relaciones sociales y de las formas de apropiación de los medios de producción económica (tierra, ganado) (5). Sobre ellas se superponen una serie de formas de organización de las que, en muchos casos, apenas se conoce más que su mera existencia. Si bien el carácter de cada una de ellas es todavía oscuro, parece claro que responden a un esquema de concepciones en absoluto extrañas en el mundo antiguo (García Quintela, 1991: 358).

El papel de la guerra dentro del mundo castreño parece revelarse cada vez más notable. En esta situación no sólo basta con proponer la existencia de matices guerreros dentro de la sociedad castreña; debe reconocerse que la guerra es más que una actividad complementaria o adjetiva, ni

(5) Ha de constatarse que no es una opinión unánime. Una corriente dentro de la Historia Antigua propugna el predominio de la adscripción social territorial (asentamientos) frente a unos diluidos vínculos de parentesco (p.e. Beltrán, 1992).

siquiera *endémica*. La guerra se convierte en un elemento sustantivo, en consonancia con unas concepciones simbólicas que parecen mostrar rasgos acordes con el modelo de pensamiento trifuncional indoeuropeo (García Quintela, 1993; García Fernández-Albalat, 1990; 1993).

La guerra condiciona diferentes aspectos de la vida social castreña:

- (a) Se trataría de una guerra de pillaje y escaramuzas, a pequeña escala, que no se corresponde con el concepto clásico (Le Roux y Gouyonvarc'h, 1986: 113; Marco, 1993: 154). En buena medida supone un medio de consecución y acumulación de riqueza en manos de un grupo social (guerreros), enfocada a un tipo de bienes determinado (ganado) (García Quintela, 1991).
- (b) Socialmente, su importancia se manifestaría en la existencia de estos grupos guerreros, que formarían peculiares asociaciones tipo *cofradía*, en particular relación con el resto de la sociedad; su existencia y características pueden suponerse a partir del análisis de los textos clásicos (García Quintela 1993: 116 y ss.) o del culto a determinadas divinidades (Bermejo, 1986b; García Fernández-Albalat, 1990).
- (c) En este sentido el concepto de guerra constituye un elemento fundamental de la construcción simbólica. Esto es especialmente comprensible si estamos de acuerdo en vincular al mundo castreño con la ideología trifuncional indoeuropea, como parece que podría hacerse (García Quintela, 1993; García Fernández-Albalat, 1990).

En síntesis y como modelo general e hipotético, concebimos el mundo castreño del Noroeste como un conjunto de comunidades campesinas articuladas en una estructura social no igualitaria, organizadas elementalmente a partir de formas de base parental y territorial poco definidas (*gentilitates, territoria, populi...*), que podrían a su vez incluir la desigualdad, y en cuyas construcciones social e imaginaria la guerra desempeña un papel determinante.

## 2. DESARROLLOS. CONTRASTACIÓN A TRAVÉS DE LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA

### 2.1. UN MODELO TEÓRICO DEL PAISAJE CASTREÑO

Operativamente, la construcción de este modelo podría adoptar diferentes formas. Sin em-

bargo es sencillo optar por un esquema que parta de las dimensiones del paisaje consideradas en los Planteamientos (subsistencial, socio-política e imaginaria) organizadas en tres pasos:

- (a) el **uso del suelo**, reflejo del desarrollo de unas prácticas de producción de subsistencias que se caracterizan por la intensa *alteración* del medio;
- (b) la **ocupación del espacio**, condicionada por prácticas sociales y relaciones socio-políticas en las que la *fortificación* por un lado y la *territorialidad* por otro actúan como elementos capitales;
- (c) la **concepción del espacio**, la construcción de un paisaje a través de la aplicación de categorías de pensamiento que convierten un elemento en principio "neutro" como el espacio en una creación cultural. En esta construcción la simbología relacionada con la *guerra* tiene gran importancia y nos servirá como hilo conductor.

## 2.2. EL USO DEL ESPACIO

Un paso previo para plantear un modelo de *uso del espacio* es la ilustración del tipo de actividades en relación con su aprovechamiento, una definición del tipo de **producción de subsistencias**. No obstante, el modelo debe ir más allá de una fundamentación meramente económica y vincularse a otros condicionantes, entre los que hay que considerar: el factor *ambiental*, el *tecnológico*, pero también el *social* e incluso el *imaginario*, que son los que propician el desarrollo de unas actividades subsistenciales frente a otras (Ruiz y Molinos, 1993: 108). Respecto a estos dos últimos, podemos remitirnos a los *planteamientos interpretativos* precedentes; tratemos, aunque sea de forma sumaria, los primeros.

Los constreñimientos *ambientales* son difíciles de aprehender, pero, en general, podemos asumir para el primer milenio a.C. unas condiciones ambientales equiparables a las que han influido sobre el sistema agrario tradicional gallego (Aira y Díaz-Fierros, 1991; Ramil, 1994). En cuanto a los condicionantes *tecnológicos*, el registro paleontológico permite suponer la existencia de elementos como el arado, el abonado y la tracción animal (Penedo, 1988), que posibilitarían el trabajo de algunos suelos profundos y pesados. Se ha planteado también la realización de obras de acondicionamiento del terreno, como surcos para el drenaje de la tierra (Criado, 1988: 103-4), o la construcción de estructuras

artificiales que parece empezar a verificarse en el registro arqueológico (Parcero, e.p.) (6). Por otra parte la Edad del Hierro europea ofrece ejemplos de la viabilidad de estas suposiciones (p.e. Barker, 1985: 219; Ferdière, 1990: 91-2, 101).

El registro polínico muestra, desde los inicios del asentamiento en castros, la práctica generalizada de la deforestación, de forma que en el I milenio a.C. se va produciendo un progresivo descenso del arbolado en beneficio de un paisaje abierto (Aira *et alii*, 1989: 80, 85, 92; Ramil, 1994: 122). Paralelamente se documenta en excavaciones la presencia de abundante semilla de cereal (sobre todo trigo, centeno y mijo: Álvarez, 1991: 42) que las propias columnas polínicas confirman, tanto de forma directa como a través de sus plantas acompañantes (Aira *et alii*, 1989). Por otra parte, estudios bien conocidos desde el campo de la Historia Antigua han permitido situar en su lugar las afirmaciones de autores como Estrabón (Bermejo, 1986a; García Quintela, 1991: 360), que tradicionalmente habían servido como base para la defensa de un primitivismo productivo y de una economía fundada en la recolección y el pastoreo.

A grandes rasgos se puede dibujar un esquema de producción alimentaria basado en dos clases de cereal, uno de invierno (trigo y/o centeno) y otro de verano (mijo); como producciones complementarias, tanto cuantitativas como en su papel dentro del sistema agrario, cabe situar las leguminosas (guisante, haba, etc.) que, al menos hasta el momento, no parecen tener gran importancia porcentual. Con estos elementos se perfila un modelo complejo, que posibilitaría la obtención de una doble cosecha anual invierno/verano, pero que, como contrapartida, exigiría disponer de dos espacios productivos simultáneos:

- Espacio de cultivo extensivo, de roza, atestiguado polínicamente por la frecuente aparición de especies propias de la quema del terreno (*Asphodelus*, *Urtica*, etc., Aira *et alii*, 1989: 78, 97) acompañadas de polen de *Ce-*

(6) Es ésta una reciente aportación al tema de la existencia de estructuras agrarias en época castreña, cuya investigación se debe recuperar y potenciar desde los planteamientos de Bouhier (1979), a través de estrategias efectivas de trabajo y programas de investigación, como el trabajo inédito de M.J. Candal "Relaciones entre yacimientos castreños y elementos del sistema tradicional gallego de ocupación del espacio". Memoria de Licenciatura. Universidad de Santiago. 1993.

*realia*. Este es el soporte más adecuado para los cereales de invierno (trigo y/o centeno), que requieren amplias extensiones de suelos bien drenados y aireados, a cambio de un laboreo muy escaso (Barker, 1985: 44). También es idónea para el cultivo de leguminosas, de buenos rendimientos sobre suelos pobres.

— Espacio de cultivo intensivo, de campos permanentes. El mijo, muy exigente en laboreo, abonado y reserva hídrica, no soporta un cultivo de roza y/o extensivo; requiere una fuerte inversión de trabajo sobre suelos profundos y permanentemente cuidados (Papadakis, 1960). En este tipo de terreno es donde debe esperarse una mayor claridad del efecto antrópico, incluyendo la posibilidad de estructuras de organización del cultivo artificiales como terrazas o *agras* (7), cuya existencia parece empezar a mostrar el registro arqueológico (Parcero, e.p.) (8).

Las actividades ganaderas han sido normalmente sobrevaloradas. Si bien parece erróneo otorgarles un predominio cuantitativo, las evidencias apuntan en la línea de considerarla una actividad complementaria importante. No obstante creemos que deben cuidarse dos aspectos. En primer lugar, como ha sido señalado en otras áreas culturales (Ruiz y Molinos, 1993: 103 y ss.), no es suficiente un análisis independiente de cada componente de un sistema productivo. La relación entre diversos tipos de actividades es más que el resultado de una simple operación aditiva; hay que considerar que cada una de ellas condiciona y es condicionada por las restantes, de forma que el verdadero interés no reside en su individualidad sino en el sistema articulado que conforman entre todas. Por ello y desde una óptica cualitativa, la ganadería no puede ser considerada una actividad de segundo orden, puesto que con ella se satisfacen exigencias como la fuerza de trabajo o el complemento calórico de la dieta (carne, lácteos, etc.). En segundo lugar debe evitarse una valoración meramente económica de las actividades productivas, lo cual es especialmente importante en el caso de la ganadería, actividad que parece haber estado dotada de importancia en el marco de las rela-

ciones sociales y simbólicas (García Quintela, 1991: 361 y ss.).

Los restos paleontológicos constituyen la evidencia más directa de las especies animales, aunque la acidez del terreno gallego, que dificulta la conservación de los restos orgánicos, hace que sean muy escasos. Las cabañas más representadas son la vacuna, ovicaprina y porcina. Los análisis hasta hoy publicados (Vázquez, 1986; Penedo, 1988) muestran un aprovechamiento alimentario en todas las especies, aunque con importantes matices de diferencia. Los bóvidos ofrecen unas edades de sacrificio muy avanzadas, al contrario de las restantes especies. Este dato permite suponer que vacas y bueyes hayan sido utilizados preferentemente como fuerza de trabajo (en este sentido serían más significativos en relación con la agricultura que en sí mismos). Sin embargo también se puede intuir un mantenimiento intencional de la vida de los bóvidos por su importancia dentro de las relaciones sociales, en las que actuarían como bien mueble acaparado y atesorado en relación con actividades guerreras de tipo rapiña o saqueo o, en otro contexto, como parte esencial del sistema matrimonial (dotes) (Bermejo, 1986a: 33 y ss.).

En el contexto europeo, el consumo de carne y lácteos de vacuno parece haber sido un lujo antes de épocas postmedievales (Barker, 1985: 31). La cabaña ovicaprina parece más apta para estos usos, así como para el aprovechamiento de su abono, de mejor calidad. Además son menos exigentes en cuidados ya que —y esto es importante— pueden pastar incluso dentro de los campos de cereal, frente a las amplias extensiones de pasto que requieren los bóvidos. El cerdo, por su parte, ofrece un alto aporte cárnico a cambio de una alimentación poco exigente; si a ello se añade su carácter prolífico, se puede obtener una compensación al menor aporte de carne de ovejas/cabras respecto a los bóvidos. Este esquema muestra evidentes semejanzas con otros coetáneos de áreas culturales diferentes (Ruiz y Molinos, 1993: 106 y ss.).

La incidencia en el paisaje de las actividades ganaderas se reduciría a la apertura de terrenos de pasto. En algún caso las propias tierras de cultivo podrían haber servido para la alimentación del ganado (ovicápridos), pero en otros son necesarias superficies abiertas, de pradera, de cierta extensión. El registro polínico, una vez más, confirma la presencia de estas áreas, en cuya génesis la acción antrópica debió de estar

(7) “El término *agra* o *agro* se refiere a un bloque de tierras cultivadas, individualizadas del resto del terrazgo mediante un cercado, mientras que en su interior se divide en diferentes parcelas sin límites físicos entre ellas” (Bouhier, 1979: 243).

(8) Ver también el trabajo de M.J. Candal (nota 6).

presente a través de la tala (Ramil, 1994). En muchos casos estas zonas serían las resultantes del abandono del cultivo de roza una vez que los suelos se hacen inadecuados ante la pérdida de agregación, que dificulta el drenaje -entre los 3 y 6 años de roturación (Criado, 1988: 102). Se suscita así una especie de ciclo muy elemental y sencillo de rotación, que incluso podría tener carácter no intencional, ya que parece difícil sostener ciclos complejos para la Edad del Hierro.

Una fuente adicional de recursos es el terreno inculto. El uso tradicional del monte en Galicia muestra (Balboa, 1990) que se ha tratado de un elemento de primer orden del sistema productivo campesino: además de proveer de materias primas, actúa como espacio de cultivos extensivos de roza y en relación con la cría del ganado: pasto fresco, alimento para el invierno y abonado para los campos, como el *estrume*, a partir de la fermentación del *toxu* en los establos con los excrementos animales (Balboa, 1990).

La recolección es una actividad comúnmente admitida para el mundo castreño, si bien su importancia se ha ido matizando. La explotación de recursos cinegéticos está atestiguada (Vázquez, 1986; Penedo, 1988), aunque no resulta fácil valorar su entidad cuantitativa. Usualmente se le ha otorgado un papel anecdótico fundado tanto en la escasez de restos de fauna no doméstica como en una exageración del antiprimativismo productivo castreño. Sin embargo el registro paleontológico no es en el Noroeste una evidencia absolutamente fiable; por otra parte es factible pensar en la caza en términos semejantes a los del ganado vacuno, como una actividad más simbólica o social que puramente económica (García Quintela, 1991: 366-8).

A partir del esquema de actividades productivas que hemos venido exponiendo puede plantearse un **modelo de uso del suelo** para época castreña. En este punto hay que considerar la diferencia que existe entre dibujar un esquema de la subsistencia, a partir de distintos tipos de evidencias, y tratar de plantear los caracteres de un complejo sistema de uso del suelo desaparecido. Por ello es necesario recurrir a alguna analogía metodológica que fundamente la re-construcción; en este caso será el sistema agrario tradicional de Galicia, un complejo a grandes rasgos uniforme desde la Edad Media hasta los inicios del siglo XX (Bouhier, 1979; Balboa, 1990). La base para establecer la matriz física de este modelo debe buscarse en la idea común que

sitúa al poblamiento castreño como localizado en torno a los valles (p.e. Carballo, 1993: 73), de forma semejante al propio poblamiento tradicional gallego. En concreto las unidades de relieve que parecen funcionar como elementales son las cuencas visuales, lo que ha sido conceptualizado por F. Criado (1992: 250) como **paisaje cóncavo**.

En síntesis consideramos tres tipos de espacios (Fig.1):

- El *espacio de cultivo*, dividido en dos: un cultivo de amplias superficies, con sistema de roza, extensivo, y un cultivo intensivo, de pequeños terrenos, con fuerte inversión de trabajo y rendimientos abundantes.
- El *espacio de pastoreo*, con tres posibles localizaciones: la determinada por el abandono del cultivo, temporal o definitivo, según el sistema de rotación no intencional antes planteado; el aprovechamiento del inculto y las áreas de suelos hidromorfos, localizadas bien en las partes más bajas de los valles o bien en pequeñas cubetas de zonas altas, que desarrollan un pasto húmedo natural que pudo haber sido aprovechado sobre todo en verano.
- El *espacio no cultivado*, que adoptaría dos posiciones: las zonas de divisoria, que actúan como límite dentro del modelo de paisaje cóncavo (Criado, 1988: 91), en las que la escasa profundidad de sus suelos sólo posibilita el desarrollo de matorral y, a lo sumo, formaciones boscosas abiertas. En segundo lugar estarían las partes bajas de los valles, en las que se supone la existencia de bosques amplios y cerrados (Aira *et alii*, 1989).

### 2.3. LA OCUPACIÓN DEL ESPACIO

El estudio de los condicionantes económicos sólo puede darnos las claves de lo que se ha dado en llamar *localización* o *posición* de los yacimientos (Carballo, 1990: 173), esto es, su situación a gran escala. Según esto, son las actividades subsistenciales primer y más amplio determinante de la ocupación del espacio. Sin embargo, más allá de este condicionamiento general se esconden otras razones que son las que explican “el proceso complejo de interacción entre circunstancias espaciales y socio-culturales que subyace a la localización puntual de un yacimiento” (Criado, 1992: 248). Llegamos así al estudio del **emplazamiento**. Lo que tratamos de plantear es lo siguiente: si bien los cas-

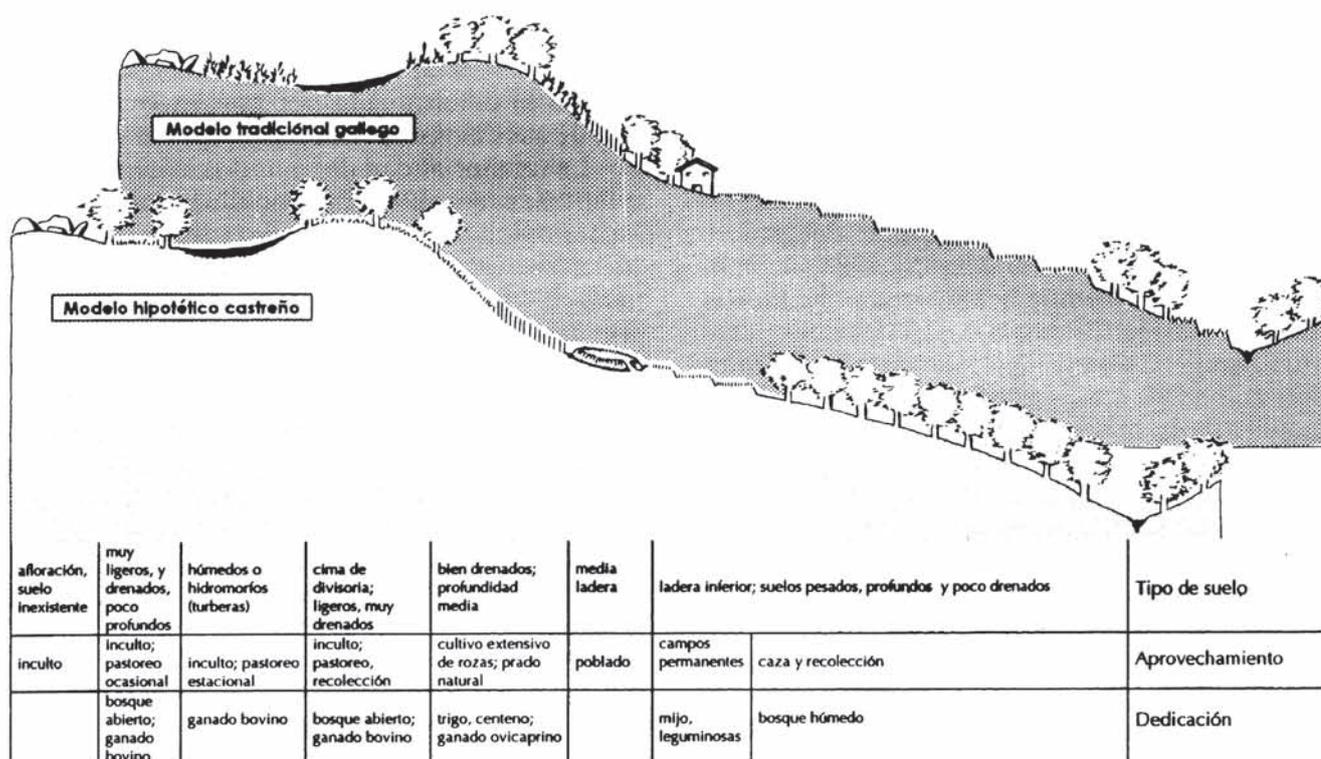


Fig. 1. Modelo hipotético de uso del espacio en época castreña y correspondencia con el sistema tradicional gallego.

tros se asocian en general a zonas de valle en función de su modelo de producción económica, las posibilidades de emplazamiento en un valle son múltiples, como también son múltiples los tipos y posiciones de valle posibles. Debe, pues, delimitarse por qué se opta por unas en detrimento de otras que podrían responder igualmente a los patrones de aprovechamiento del medio.

Entre los factores condicionantes del emplazamiento castreño se ha venido insistiendo con fuerza en varios, como el buen dominio visual (Carballo, 1993: 57-9) y las buenas condiciones defensivas naturales (Rodríguez *et alii*, 1990-1: 176). El dominio del entorno guarda relación con la conformación de un paisaje cóncavo entendido como cuenca visual, dentro de la que se escogen los puntos de emplazamiento que permiten observarlo en su totalidad. Ambos factores convergen a la hora de establecer como puntos preferentes de emplazamiento aquellos claramente destacados sobre el entorno (Peña, 1992: 378).

Sin embargo a nuestro juicio ninguno de los factores apuntados sería definitivo, sino un nuevo concepto que, incluyendo a los anteriores, los amplía: la **monumentalidad**. Según esta idea, un castro no es solamente un poblado, ni siquiera un recinto fortificado, sino un monumento, un hito que más que situarse en el paisaje lo organiza y lo dota de sentido –de forma consciente y ostensible (Penedo y Rodríguez, 1992: 211). La monumentalización (Criado, 1993: 50-1) se realiza fundamentalmente a través de la creación de obras artificiales destacadas y emplazadas de modo que se resalte su visibilización (9) y su permanencia en el tiempo. La visibilización consciente de un objeto en el paisaje supone algo más que un rasgo adjetivo, representa “una categoría sustantiva que (...) debió presidir la generación cultural del mismo” (Criado, 1988: 99).

El estudio del emplazamiento castreño debería partir, pues, de la imbricación de tres elementos: *condiciones defensivas, visibilidad y*

(9) Atracción visual de un objeto en el espacio.

*visibilización*, que se articulan en el concepto de *monumentalidad* aplicado a los castros (Parcero, 1995). El emplazamiento es una de las claves para diseñar un modelo concerniente a la dimensión social del paisaje castreño, pero la idea de monumento trasciende la mera dimensión social para adentrarse en el campo de los condicionantes simbólicos; no es difícil adivinar los matices imaginarios que devienen del propio concepto de monumento (Criado, 1993). La monumentalidad castreña se expresa ante todo a través de la **fortificación**, en función de unas prácticas sociales y concepciones culturales determinadas. Los castros, concebidos como monumentos, reflejan la trascendencia de la fortificación en un doble sentido:

- (a) Como medio de crear un espacio doméstico definido, cerrado y delimitado que, además, es significativo espacial y temporalmente. Esto supone un factor de evidente novedad frente a la situación característica de momentos culturales anteriores (Méndez, 1994); implica un cambio notable en los modos de concebir el espacio de habitación y su relación con el entorno, sin duda en relación con la aparición de la sedentarización (Peña, 1992: 378), entendida como el paso hacia una agricultura de campos permanentes (Criado, 1988: 99).
- (b) Como elemento eminentemente defensivo que es, partícipe directo de la práctica de la guerra. Este aspecto es también novedoso respecto a otros momentos. Su importancia, sin embargo, no radica en reconocer su novedad, sino en remontarse hasta las prácticas socio-culturales que le dan sentido. Desde este punto de vista su vinculación con las relaciones sociales es grande, pues la guerra, el pillaje, son elementos integrantes de la vida social castreña. No obstante su relación es aún mayor con las concepciones culturales pues, como hemos visto, la guerra es más una actividad simbólica y cultural que una necesidad económica o social (Bermejo, 1986b: 98 y ss.; 108 y ss.).

Otro factor fundamental en la construcción social del paisaje es la **territorialidad**. El hecho de que la tierra sea, en el seno de sociedades campesinas, la fuente principal de subsistencias, refrendado por la práctica de una agricultura estable, revierte en lo que se ha dado en llamar *domesticación del espacio*, la imposición de un orden cultural sobre el entorno que, traducido

en la alteración del mismo, implica la conversión del paisaje en **territorio**, según fórmula de Ingold (1986, en Criado, e.p.). De esta forma cada comunidad campesina tenderá a hacer suyo un territorio determinado por oposición al territorio de los demás (Bermejo, 1992: 43-5).

La territorialidad del mundo castreño ha sido planteada en numerosas ocasiones a partir de criterios diversos: existen propuestas realizadas desde la Arqueología (Xusto, 1992; Rodríguez *et alii*, 1990-1: 179-80), la Historia Antigua (García Fernández-Albalat, 1990: 341) o una combinación de ambas (Pena, 1991: 102-3). Más escasas son las tentativas de acotar el espacio geográfico que abarcarían esos modelos territoriales. En este punto la complejidad es grande, pues todavía no está claro si existían más de un tipo de organizaciones territoriales, cuál era su carácter, etc. La Arqueología por sí sola poco puede aportar, a menos que le concedamos un valor inferencial absoluto que, como apuntamos en los planteamientos, no es sostenible. De todas formas para el estudio de la Edad del Hierro contamos con la aportación de la epigrafía o las fuentes textuales clásicas, e incluso podemos admitir la validez de la documentación altomedieval (Pena, 1991; 1993). Es a través de estos testimonios como se ha logrado avanzar en el conocimiento de los sistemas de pertenencia social y territorial, a pesar de su persistente desatención desde la Arqueología.

La epigrafía y los textos antiguos muestran como, al lado de instituciones de un indefinido carácter parental, étnico, etc. (tipo *gentilitates*, *populus*), debieron existir entidades de base territorial (*territorium*, *castrum* o *castellum*, etc.) que, igual que las primeras, se superpondrían de una forma todavía poco clara (García Quintela, 1991: 354-8). Parece que cada aldea (poblado) debió actuar como el primer nivel de organización territorial, pues "el castro, de un modo u otro, tuvo que constituir un elemento definidor de la pertenencia social de cualquier individuo" (García Quintela, 1991: 353), cuyo carácter e inmersión en unidades más amplias se nos escapa a través de las fuentes clásicas. La investigación desarrollada por A. Pena en el área del señorío medieval de Trasancos (Noroeste de A Coruña) permite enfocar el tema a través del estudio de la documentación altomedieval; según este autor el escaso impacto de la romanización en las estructuras de organización del mundo castreño se traducirá en la pervivencia de los

modos de distribución territorial hasta época altomedieval. Será entonces cuando la cristianización (Rodríguez Fernández, e.p.) introduzca un nuevo modelo de territorio con sedes episcopales y *territoria* señoriales que, en lo esencial, se basaría en las estructuras precedentes (Pena, 1991; 1993).

Pero, ¿es posible aproximarse a una delimitación de la territorialidad al nivel más elemental? En este sentido lo más interesante es volver a la idea del paisaje cóncavo, no sólo como elemento que articula el paisaje agrario sino también como factor de importancia territorial; no sólo como ámbito de desarrollo de las actividades subsistenciales, sino como patrón de apropiación de un territorio basado en ellas. De esta forma, los territorios teóricos de las aldeas gallegas (determinados por medio de la técnica de los polígonos de Thyssen) coinciden a menudo con las divisorias de valles, ofreciendo “una concordancia entre ambas superficies que muestra la adecuación del asentamiento tradicional al principio del paisaje cóncavo” (Criado, 1992: 250). Esta adecuación revierte en una habitual coincidencia entre dichos territorios y las actuales parroquias, que, por consiguiente, suelen mostrar una correlación con los territorios definidos también de forma teórica para el mundo castreño (Parcero, 1995). Esta coincidencia es uno de los elementos de mayor importancia a la hora de articular la relación entre paisaje tradicional y paisaje castreño, recurriendo para ello a invocar la presencia del paisaje cóncavo detrás de ambos procesos. La correlación, no obstante, no debe leerse de modo lineal, como una mera perduración o fosilización en el tiempo de un modelo de organización territorial. Supone, por el contrario, un ejemplo claro de *lógica del tercer factor*.

Es así como podemos considerar las cuencas visuales que responden al modelo de paisaje cóncavo como unidad significativa a nivel territorial básico. Su aplicabilidad al mundo castreño viene refrendada por el papel de límites que parecen haber jugado los montes y los bosques, las tierras de nadie, alejadas de las zonas de habitación y cultivo (García Fernández-Albalat, 1990). De esta manera entroncamos con las dimensiones simbólicas del paisaje.

#### 2.4. LA CONCEPCIÓN DEL ESPACIO

Los elementos que configuran la concepción del espacio no conforman una relación materializada sino un vínculo imaginado, que podría de-

finirse como la **dimensión simbólica o imaginaria del paisaje**. Su estudio significa intentar acceder a aspectos completamente no evidentes (el pensamiento) a través de su plasmación en otros sí perceptibles (el paisaje). El problema fundamental reside en tratar con grupos sociales regidos por patrones de racionalidad diferentes de los nuestros, que no pueden ser encajados en nuestras categorías de pensamiento de una forma directa y “natural” (Hill y Cumberpatch, 1993). Aquí, más que en ningún otro punto, es evidente lo inadecuado de los procedimientos tradicionales de la Arqueología espacial, en la medida en que una lectura acrítica y directa de las evidencias espaciales, de los *datos*, sólo permite adaptarlos a nuestros propios esquemas de racionalidad y de *lo simbólico*, privándolos de contexto y, por tanto, validez. Por otra parte hay que reconocer la imposibilidad de reconstruir los elementos simbólicos del mismo modo en que fueron concebidos (Tilley, 1989 en Bermejo, 1990: 229), lo cual no implica renunciar a su análisis. La única forma de superar las limitaciones anteriores es a través de la creación de propuestas hipotéticas, elaboradas a partir de dos componentes. Por una parte el análisis de los elementos simbólicos (no funcionales) del registro material de la cultura (Bermejo, 1990: 228); por otra parte la conjugación de ese registro así analizado con el recurso a modelos antropológicos (Criado, e.p.).

Al ser un campo escasamente abordado, la base para la construcción de un modelo del imaginario castreño es muy limitada. La Arqueología en el Noroeste peninsular ha desatendido, por norma general, el análisis de los aspectos simbólicos del mundo castreño, al contrario de lo que ocurre con otros estadios culturales como el mundo megalítico. La paradoja es todavía mayor al considerar que disponemos de puntos de apoyo extra-arqueológicos para su estudio, inexistentes para esas otras etapas. A partir del análisis de las evidencias de estructuras de organización social y simbólica disponibles parece llegarse a la necesidad de reconocer que el modelo más válido para su interpretación es el que ofrece el mundo céltico (Bermejo, 1986b; García Fernández-Albalat, 1990; 1993; García Quintela, 1991).

Todavía es pronto para proponer un modelo de la concepción del espacio castreño, de forma similar a lo que ocurría con el estudio de su ocupación. Sin embargo es importante poder apun-

tar elementos que deberán tenerse en cuenta. En concreto el estudio del espacio imaginado debe progresar a partir del concepto de *geografía mítica*.

#### 2.4.1. La geografía mítica

El importante trabajo de B. García Fernández-Albalat (1990) ha abierto un camino todavía poco transitado. Su propuesta parte del recurso a los modelos indoeuropeos, intentando establecer algunas de las bases hipotéticas para el estudio de la *geografía mítica* (10); en los párrafos que siguen intentamos ofrecer una serie de consideraciones sobre su trascendencia para el estudio del paisaje castreño.

El primer espacio definido con contornos simbólicos es la **llanura**. Su simbolismo responde a un conocido tema indoeuropeo relacionado con la soberanía y la guerra: la llanura es el lugar en que se desarrollan los combates míticos, pero es también la forma asignada en el imaginario al *Otro Mundo* (García Fernández-Albalat, 1990: 322). Su relación con la guerra se refleja en los propios nombres de algunas divinidades como *Macha* ("llanura"), divinidad relacionada con la soberanía guerrera. La llanura, al igual que estas divinidades, se relaciona también con el mundo de los muertos y el *Más Allá*, especialmente los muertos en la guerra (García Fernández-Albalat, 1990: 343). Entendidas la organización social y la sociedad divina indoeuropea como reflejo mutuo y recíproco (Le Roux y Gouyonvarc'h, 1986: 16-7), el correlato de esta asociación mítica se realiza con la consideración de la llanura como lugar en el que corresponde desarrollar ciertos ritos, en especial conexión con las actividades guerreras.

La llanura en este contexto, sin embargo, es un concepto perteneciente a la geografía mítica, no una idea puramente topográfica. Su correlato físico parece distar bastante del concepto de lugar plano y abierto: parece relacionarse con la idea de centralidad, con un lugar libre en el sentido simbólico, con significación religiosa y cultural. Estos lugares simbólicamente centrales suelen tener paradójicamente su traslación física en áreas distantes de nuestra idea de llano: cimas de montes, altos generalmente señalados por la presencia de hitos naturales (bosques,

rocas), a veces levemente artificializados a través de, por ejemplo, inscripciones (Penas, 1986; García Fernández-Albalat, 1990: 321).

El estudio teonímico y toponímico ha permitido identificar elementos relacionados con el simbolismo de la llanura en el mundo castreño. En concreto parece clara la identificación de una divinidad (*Reua*, equivalente a *Macha*) y de algunos epítetos con este tema mítico: *Laraucus* o *Laroucus*, *Lanobrigae* (García Fernández-Albalat, 1990: 320, 31, 133 y ss). También se ha puesto en relación con esto la existencia de restos de los que podrían ser *santuarios* de época castreña, que responderían al correlato físico de ese concepto de llanura, como los del Castro de Novás (García Fernández-Albalat, 1990: 341) o Panoias (Silva, 1986).

El segundo espacio simbólico es el de la **frontera**. Entronca en muchos sentidos con la territorialidad, pero adquiere connotaciones más amplias ya que no se reduce a una mera significación socio-política. El mundo indoeuropeo nos muestra una concepción de estos lugares como *tierras de nadie*, y como tales, áreas adecuadas para el desarrollo de actividades intergrupales. Entre ellas las más representativas son las asambleas y las celebraciones festivas, aunque también acontecimientos más periódicos como mercados (*fora*). Estas áreas coincidirían normalmente con zonas de bosque y en relación, de nuevo, con afloramientos rocosos señalados (García Fernández-Albalat, 1990: 341), lejos del espacio doméstico (11).

A partir de la consideración de estos dos espacios simbólicos se conforma una interesante dualidad, común a numerosas culturas (Bermejo, 1992: 44-6; para el mundo griego Vernant, 1983: 135 y ss.):

— Por un lado el **espacio doméstico**, monumentalizado en el paisaje de forma evidente espacial y temporal, constituido por las áreas de habitación, pero también las de desarrollo de la actividad productiva, a través de sistemas de organización y parcelación del terrazgo (Parcero, e.p.) (Fig. 2). Es un espacio esencialmente cerrado, finito, delimitado por obras artificiales que se destacan sobre su entorno y marcan su diferencia respecto al área no domesticada por la actividad humana continua, las zonas de monte, el *saltus*. Es a

(10) "Una concepción del espacio como algo que puede ser organizado desde un punto de vista religioso y no meramente geográfico" (García Fernández-Albalat, 1990: 136).

(11) El valor de los afloramientos rocosos como elementos simbólicos parece operar también en el megalitismo (Villoch, e.p.).



Fig. 2. Posible estructura de cultivo de época castreña (Coto do Castro, Cotobade, Pontevedra) (Parcero, e.p.).

través del espacio doméstico como en este momento se hace evidente la presencia humana en el entorno, al contrario de lo que caracteriza a momentos anteriores (Méndez, 1994), pero lo es, además, en forma de paisaje fortificado, lo cual añade un claro matiz bélico.

- El **espacio no doméstico**, alejado permanente o usualmente del desarrollo de actividades productivas. Es un espacio abierto, ilimitado, carente de una definición estricta, lo que introduce el primer punto de oposición con el espacio doméstico. El segundo es que en él no se concentran las actividades productivas (12); no es un área ajena a la actividad humana, pero el tipo de actividades que acoge son muy distintas, bien de tipo guerrero o bien de tipo sagrado o soberano (fiestas y asambleas).

La plasmación concreta de las anteriores ideas plantea numerosos problemas. El mayor de ellos es la necesidad previa de conocer satisfactoriamente los elementos no imaginarios, problema que se hace evidente después de haber propuesto un esquema bipartito de las formas de concebir el espacio, en el cual los modos de pertenencia social y territorialidad juegan un papel importante. Sin conocer en detalle estos sistemas, la construcción se debilita. Sin embargo queda el recurso a la forma de significación territorial que hemos reconocido como **paisaje**

(12) Al menos de forma continua, con una alteración directa y consciente del medio.

**cóncavo**. Dentro de este modelo la distinción entre el espacio doméstico, cotidiano y el espacio no artificializado puede relacionarse con la separación entre lo culto y lo inculto, según se vio en el modelo subsistencial (Fig. 1). Así el territorio doméstico adquiere una conformación **central** en el plano simbólico, situándose en el eje entre dos espacios carentes de una presencia humana evidente pero foco de los referentes imaginarios:

- (1) las zonas de divisoria, llanura y/o frontera, aboradas con anterioridad, y
- (2) los cursos de agua y sus espacios anejos, cuyo simbolismo no hemos tratado pero que parecen estar también en conexión con el imaginario castreño —vía de entrada en el más allá y lugar ocupado por ciertas divinidades, en relación una vez más con el mundo de la guerra (García Fernández-Albalat, 1990: 306-10).

### 3. ELEMENTOS PARA LA CONTRASTACIÓN

Los apartados anteriores contemplan una serie de formulaciones hipotéticas acerca del mundo castreño que, como tales, tienen un intencionado carácter genérico y global, que nos permite considerarlas de dos maneras distintas: como hipótesis puntuales, pero también como modelos generales, que dejan de ser herramientas operativas válidas únicamente para este trabajo y se convierten en parte de la síntesis, en

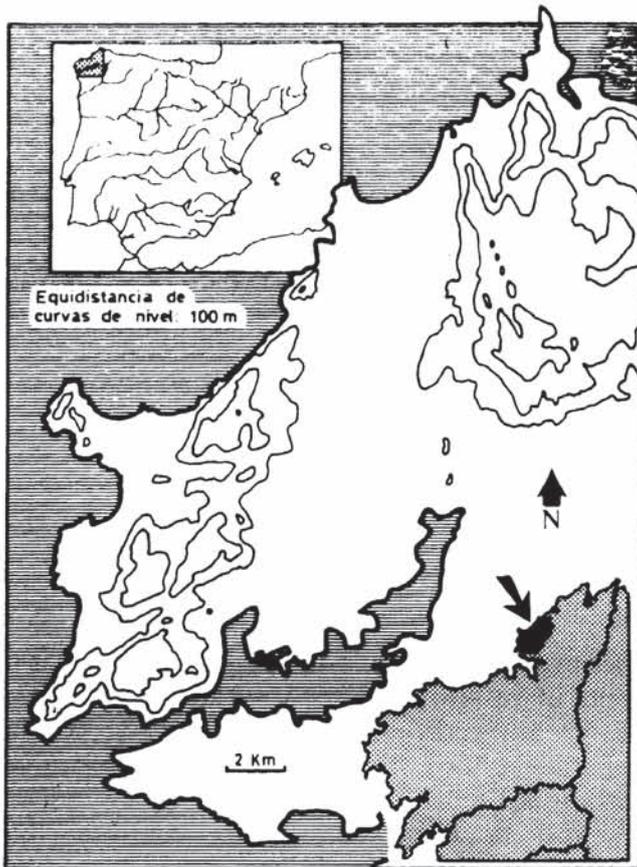


Fig. 3. Localización de la zona de trabajo.

elementos que, por su validez global, son tanto un medio como un fin. En este último sentido se agotan en el apartado anterior. Sin embargo en su utilización como hipótesis están todavía pendientes de contrastación.

Para ello hemos recurrido a un área de unos 150 km<sup>2</sup>, al Noroeste de la provincia de La Coruña, en los términos municipales de Ferrol, Narón y Valdoviño (Fig. 3). En esta zona se han documentado a través del trabajo de campo (13) un total de 32 yacimientos fortificados previsiblemente pertenecientes a la Edad del Hierro (Fig. 4). Considerada desde una perspectiva general, su distribución muestra preferencia por las áreas bajas, de relieve suave, reflejada en la concentración de los castros en torno a las zonas de valle. La configuración topográfica de la zona no

permite delimitar cuencas con demasiada claridad, pero allí donde sí es posible hacerlo (yacimientos nº 2, 3, 4, 6, 20, 21 ó 22) resulta clara su inclusión en modelos de paisaje cóncavo. Esta correlación se corresponde, en lo referente al uso del suelo, con una vinculación de los castros a las zonas de mejor potencialidad agrícola (Fig. 5); así, dentro de una distribución de yacimientos bastante dispersa, se aprecian significativos vacíos en las zonas altas, cimas de divisorias y áreas de relieve accidentado, de baja o nula productividad.

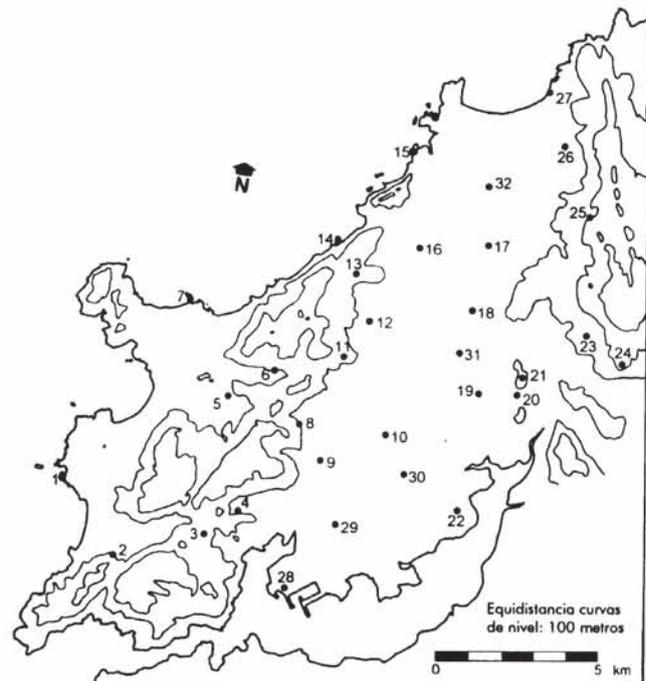


Fig. 4. Distribución de yacimientos.

A un nivel más detallado trataremos de delimitar teóricamente un entorno de uso y ocupación para cada yacimiento. Para ello hemos combinado tres procedimientos analíticos bien conocidos: los polígonos de Thyssen, las líneas de isocronas (14) y el área de visibilidad en un radio de 700 metros (15). La presentación detallada de algunos de los asentamientos así analizados (Figs. 6 y 7) muestra una convergencia

(13) Prospección superficial de la zona desarrollada en 1992 a cargo de Emilio Abad Vidal y Roberto Aboal Fernández, además del autor, con el pertinente permiso de la Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e Documental - Xunta de Galicia.

(14) Se ha optado por la isocrona de 15 minutos debido al suave relieve de gran parte de la zona y a la gran densidad de yacimientos.

(15) Límite de la "posibilidad de observación de elementos visualmente atractivos" (Escribano, 1991: 84).

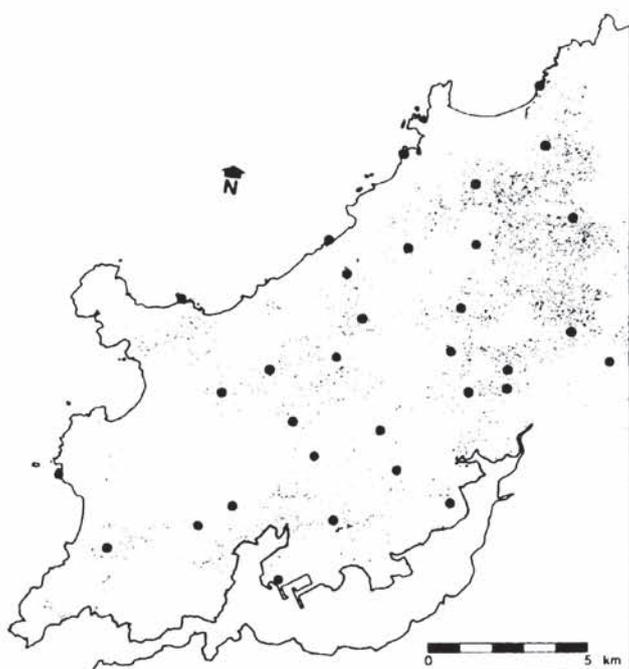


Fig. 5. Relación entre castros y tierras de cultivo.

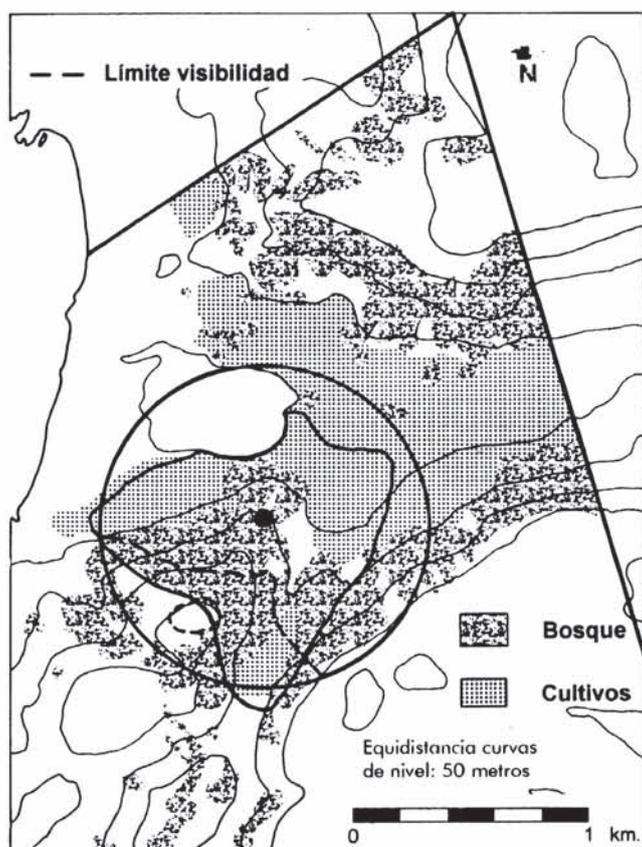


Fig. 6. Análisis del emplazamiento del castro de Papoi (n.º 6).

hacia las superficies actualmente en cultivo, que coinciden, además, con las zonas en las que hemos propuesto la hipotética localización de los campos de cultivo permanentes: el entorno inmediato del yacimiento, y especialmente las partes inferiores de las vertientes.

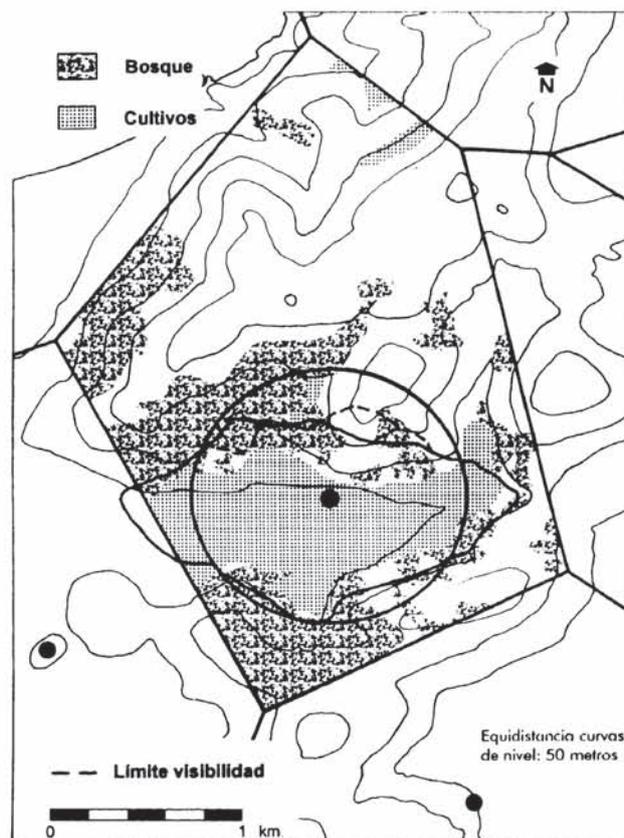


Fig. 7. Análisis del emplazamiento del castro de A Croa de Fontá (n.º 2).

Este patrón de localización se complementa y matiza con el análisis de los emplazamientos. En la zona de trabajo escogida los asentamientos muestran una preocupación por potenciar las tres variables que hemos acotado anteriormente (visibilidad, visibilización y condiciones defensivas), tanto en el entorno inmediato (Fig. 8) como en largas distancias, posicionándose como elementos claramente visibles (e intervisibles) en el paisaje (Fig. 9). De todas maneras la combinación de estos tres elementos no es constante y uniforme, sino que en algunos casos se registra el predominio de alguno. En estos casos se produce una compensación a través de los elementos artificiales, de forma que los castros emplazados en posiciones peor defendidas o visibles

son los que registran unas estructuras más evidentes y monumentales (p.e. los nº 9, 10, 12 ó 16).

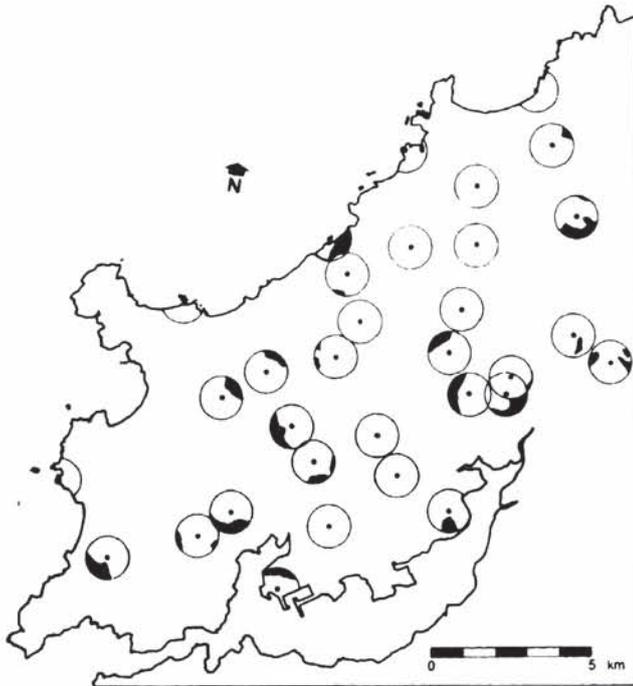


Fig. 8. Visibilidad en el entorno inmediato de los yacimientos (en negro áreas no visibles).

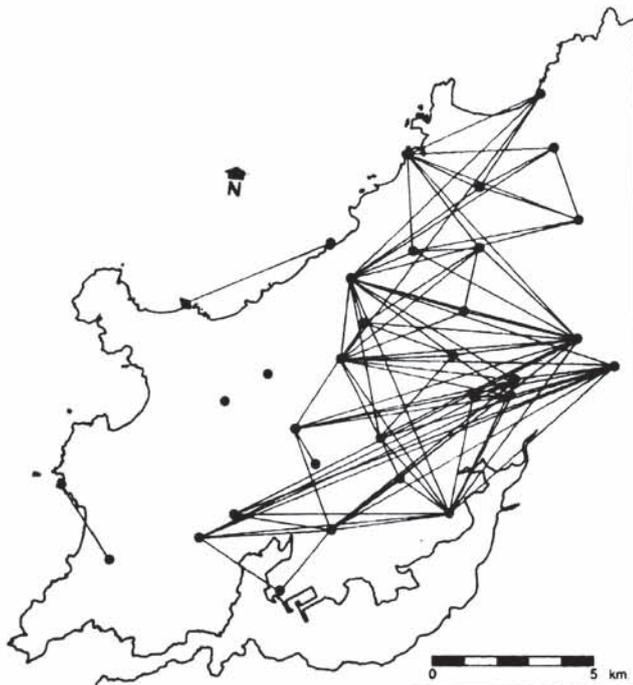


Fig. 9. Relaciones de intervisibilidad.

La preferencia en la localización por zonas bajas se refuerza con una orientación general de los asentamientos hacia las partes inferiores de las cuencas, con notable o completo desinterés por un control visual o un acceso inmediato a las áreas productivamente desaprovechables y topográficamente de difícil acceso (Figs. 6, 7 y 8). Este hecho complementa la aludida ausencia de yacimientos en las zonas más destacadas del paisaje, como las líneas de divisoria, conformando una dualidad entre el grado de ocupación y apropiación de unas y otras, entre una zona dominada y conceptualizada desde los yacimientos y otra de espaldas a éstos. Precisamente en estas zonas "marginales" se concentran referentes de carácter hipotéticamente simbólico: la toponimia alude a su papel tradicional como límites; en ellas se concentran las principales necrópolis megalíticas (Fig. 10), que, asimismo, habrían jugado también un importante papel para la delimitación territorial desde, al menos, la Edad Media (Pena, 1991: 25 y ss.).

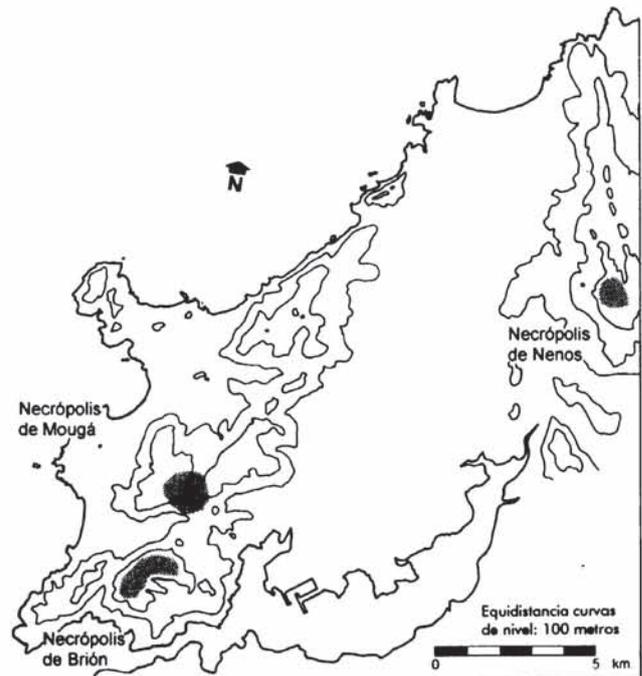


Fig. 10. Localización de las necrópolis megalíticas.

El análisis que hemos presentado es tan sólo una muestra muy sintética del tipo de uso de los procedimientos espaciales que hemos propuesto y ofrece una pequeña muestra de su rentabilidad, que se resume en la capacidad de nuestra

elaboración hipotética acerca del paisaje castreño de funcionar como herramienta de trabajo, como aproximación a una concepción global y cohesionada de la dimensión espacial de un grupo socio-cultural cuyos contornos pueden empezar a atisbarse.

## BIBLIOGRAFÍA

- AIRA RODRÍGUEZ, M.J.; SÁA OTERO, P. Y TABOADA, C. (1989): *Estudios paleobotánicos y edafológicos en yacimientos arqueológicos de Galicia*. Arqueoloxía/Investigación, 4. Xunta de Galicia. Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e Documental. Santiago.
- AIRA RODRÍGUEZ, M.J. Y DÍAZ-FIERROS VIQUEIRA, F. (1991): "La evolución climática en el Cuaternario". En VV.AA.: "Historia de Galicia", I. Hércules. A Coruña: 25-43.
- ÁLVAREZ NÚÑEZ, A. (1991): "Castro de Penalba. Campaña de 1988". *Arqueoloxía/Informes*, 2: 37-42. Xunta de Galicia. Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e Documental. Santiago.
- BALBOA, X. (1990): "O monte en Galicia". Xerais. Vigo.
- BARKER, G. (1985): "Prehistoric Farming in Europe". Cambridge University Press. Cambridge.
- BELTRÁN LLORIS, F. (1992): "Parentesco y ciudad en la Celta hispana". *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 18-2: 189-220.
- BERMEJO BARRERA, J.C. (1986)a: "El erudito y la barbarie". En J.C. Bermejo Barrera (ed.): "Mitología y mitos de la Hispania Prerromana 2". Akal. Madrid: 13-43.
- (1986)b: "La guerra de los bárbaros y Marte Cosus". En J.C. Bermejo Barrera (ed.): "Mitología y mitos de la Hispania Prerromana 2". Akal. Madrid: 87-116.
- (1990): "From the archaeology of religion to the archaeology of symbolic forms: theoretical and methodological foundations". *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 16,2: 211-30.
- (1992): "Des dimensions significatives de l'espace historique". *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 18,2: 29-49.
- BOUHIER, A. (1979): "La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire". Imprimerie Yonnaise. La Roche-sur-Yon (2 vols.).
- CARBALLO ARCEO, L.X. (1990): "Los castros de la cuenca media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico". *Trabajos de Prehistoria*, 47: 161-99. CSIC. Madrid.
- (1993): "Espacio e povoamento castreño de Galicia". En "Concepcións espaciais e estratexias territoriais na Historia de Galicia". *Actas da I Semana Galega da Historia* (Santiago, 1992): 55-82. Tórculo Edicións. Santiago.
- CRiado BOADO, F. (1988): "Arqueología del Paisaje y Espacio Megalítico en Galicia". *Arqueología Espacial*, 12. Colegio Universitario. Teruel: 61-117.
- (1992): "Del poblamiento pretérito a los paisajes arqueológicos". En F. Criado Boado (dir.): *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales*. Arqueoloxía/Investigación, 6. Xunta de Galicia. Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e Documental. Santiago: 243-55.
- (1993): "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico". *Trabajos de Prehistoria*, 50: 39-56. CSIC. Madrid.
- (e.p.): "Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje". *Spal*, 2 (1994).
- CUNLIFFE, B. (1988): "Greeks, Romans and Barbarians. Spheres of Interaction". Batsford. Londres.
- ESCRIBANO BOMBÍN, M.M. (dir.) (1991): "El paisaje". MOPU. Madrid.
- FERDIÈRE, A. (1991): "Gallois et Gallo-Romains: techniques et outillages agricoles". En J. Guilaine, (dir.): "Pour une Archéologie Agraire". Armand Colin Editeur. Paris: 81-101.
- GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, B. (1990): "Guerra y religión en la Gallaecia y Lusitania antiguas". Edicións Do Castro. Sada.
- (1993): "El hecho religioso en la Galicia céltica". En Asociación Galega de Historiadores (ed.): "O feito relixioso na Historia de Galicia". *Actas da II Semana Galega da Historia* (Santiago, 1992): 27-58. Sementeira. Santiago.
- GARCÍA QUINTELA, M.V. (1991): "El mundo castreño y su integración en el Imperio Romano". En "Galicia-Historia", I (Prehistoria e Historia Antigua). Hércules de Edicións. A Coruña: 337-87.
- (1993): "Viriato y la ideología trifuncional indoeuropea". *Polis*, 5: 111-38.
- GILMAN, A. (1993): "Cambio cultural y contacto en la Prehistoria de la Europa Mediterránea". *Trabajos de Prehistoria*, 50: 103-12. CSIC. Madrid.
- HAGGETT, P. (1976): "Análisis locacional en Geografía Humana". G. Gili. Barcelona.
- HILL, J.D. Y CUMBERPATCH, C.G. (1993): "Volviendo a pensar la Edad del Hierro". *Trabajos de Prehistoria*, 50: 127-38. CSIC. Madrid.
- INGOLD, T. (1986): "The appropriation of nature. Essays on human ecology and social relations". Manchester University Press. Manchester.
- LE ROUX, F. Y GOUYONVARCH, CH. J. (1991): "La société celtique dans l'ideologie trifonctionnelle et la tradition religieuse indo-européennes". Ouest-France. Rennes.
- MARCO SIMÓN, F. (1993): "Feritas Céltica: imagen y realidad del bárbaro clásico". En E. Falque y F. Gascó (eds.): "Modelos ideales y prácticas de vida en la antigüedad clásica". Universidad de Sevilla, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo: 141-66.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F. (1994): "La domesticación del paisaje durante la Edad del Bronce gallego". *Trabajos de Prehistoria*, 51-1: 77-94. CSIC. Madrid.
- PAPADAKIS, J. (1960): "Geografía agrícola mundial". Salvat. Barcelona.
- PARCERO OUBIÑA, C. (1995): "Aproximación al espacio social en el mundo castreño". *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993): 185-88.
- (e.p.): "Estructuras en el entorno de castros. Elementos para el estudio de los paisajes castreños". En F. Criado Boado (dir.): "Estudios de Arqueología del Paisaje en el entorno de una obra pública de trazado lineal: el oleoducto Coruña-Vigo".

- PENA GRANA, A. (1991 y 1993): "*Narón. Un concello con Historia de seu*". I y II. Servicio Sociopedagógico municipal. Concello de Narón.
- PENAS TRUQUE, M.A. (1986): "Los dioses de la montaña". En J.C. Bermejo Barrera (ed.): "*Mitología y mitos de la Hispania Prerromana 2*". Akal. Madrid: 117-40.
- PENEDO ROMERO, R. (1988): "Datos paleontológicos sobre la ganadería castreña en Galicia". *Coloquio de Arqueología do Noroeste peninsular* (Porto-Baião, 1988). *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXVIII, 3-4: 325-40.
- PENEDO ROMERO, R. Y RODRÍGUEZ PUENTES, E. (1992): "La Edad del Hierro: formas concretas del pasado fortificado". En F. Criado Boado (dir.): *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales*. Arqueología/Investigación, 6. Xunta de Galicia, Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e Documental. Santiago: 199-220.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1992): "El primer milenio a.C. en el área gallega: génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología". En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): "*Paleoetnología de la Península Ibérica*". *Actas del Coloquio sobre Etnogénesis de la Península Ibérica* (Madrid, 1989). *Complutum*, 2-3: 373-94. Universidad Complutense. Madrid.
- RAMIL REGO, P. (1994): "Antropización y evolución del medio vegetal durante la segunda mitad del Holoceno en las sierras septentrionales de Galicia". En F. Jordá Pardo (ed.): "*Geoarqueología*". *Actas de la 2ª Reunión Nacional de Geoarqueología* (Madrid, diciembre 1992): 119-34. Instituto Tecnológico Geominero-Asociación Española para el Estudio del Cuaternario. Madrid.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, T. (e.p.): "El fin del mundo fortificado y la aparición de las aldeas abiertas. La evidencia del Centro-Oriente de Lugo (Samos y Sarria)". *Espacio, Tiempo y Forma*, 8. UNED. Madrid.
- RODRÍGUEZ PUENTES, E.; TOMÁS BOTELLA, V. Y ABAD GUERRERO, J.C. (1990-1): "Prospección y excavación arqueológica en Val Miñor: poblados fortificados". *Castrelos* 3-4: 165-90. Vigo.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. Y MOLINOS MOLINOS, M. (1993): "*Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*". Crítica. Barcelona.
- SHANIN, T. (1976): "*Naturaleza y lógica de la economía campesina*". Anagrama. Barcelona.
- (1983): "*La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo*". Alianza. Madrid.
- SILVA, A.C. FERREIRA DA (1986): "*A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*". Cámara Municipal de Paços de Ferreira, Museu Arqueolóxico da Citania de Sanfins.
- TILLEY, CH. (1989): "Interpreting material culture". En I. Hodder (ed.): "*The Meaning of Things*". Unwin Hyman. Londres.
- VAZQUEZ VARELA, J.M. (1986): "Dieta real y dieta imaginaria". En J.C. Bermejo Barrera (ed.): "*Mitología y mitos de la Hispania Prerromana 2*". Akal. Madrid: 231-39.
- VERNANT, J.P. (1983): "*Mito y pensamiento en la Grecia antigua*". Ariel. Barcelona.
- VICENT GARCÍA, J.M. (1991): "Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueogeográfica". En P. López (ed.): "*El cambio cultural del IV al II milenios a. C. en la comarca NW de Murcia*", I. CSIC Madrid: 29-119.
- VILLOCH VÁZQUEZ, V. (e.p.): "Contribución al estudio del emplazamiento tumular: la necrópolis de As Travesas (Abegondo, A Coruña)". *Minius*, IV. Universidad de Vigo.
- WOLF, E.R. (1982): "*Los campesinos*". Labor. Barcelona.
- XUSTO RODRÍGUEZ, M. (1992): "La concepción territorial en la cultura castreña de Galicia". *Revista de Arqueología*, 137: 28-37. Zugarto. Madrid.